

15A

UN PUEBLO

Erase una vez un pueblo, en los años 60 del pasado siglo tenía muy pocos habitantes, en los 80 años ya una ciudad dormitorio. Ir y venir a trabajar a Madrid, suponía hora y media o dos en transporte público. Época sin móviles, pocos con teléfono fijo, cabinas en las calles que funcionaban con monedas.

Sus habitantes, procedentes de Extremadura y Andalucía principalmente, eran gente humilde muy trabajadora. Vinieron a trabajar a las grandes ciudades, como Madrid, para dar a sus hijos estudios, mejores medios sanitarios y mejor vida. No querían que sufrieran lo mismo que ellos, o peor aún lo mismo que sus padres. Ellos iban en bicicleta a 60 km cuesta abajo para trabajar en el Plan Badajoz. Después de poner cemento, bordillos, grandes piedras en los canales, tenían que subir a casa en la misma bicicleta, sus padres en burro o andando (iban a cosechar a Castilla, o movían rebaños, por las cañadas).

Algunos trabajaban para los señoritos de su pueblo en el campo, muchas mujeres en sus casas.

Las mujeres cuidaban la casa, los hijos y animales del corral (gallinas, conejos, cerdos etc.) Ellas eran las que con cántaro en la cabeza y dos en los costados, de barro, iban a por agua a un kilómetro de distancia donde estaba el pozo de agua dulce (potable). Ellas lavaban en el río la ropa, que mojada, subían a la cabeza en barreños de zinc y en ambos manos dos cubos también llenos. El río estaba a unos 200 o 500 metros de distancia.

Los pueblerinos (así se nos llamaban en la capital) recolectaban hierbas, espárragos, cardillos, aromazas, achicorias, sembraban en arriates o en los patios , tomates, pimientos, calabazas, habas, ajos, cebolletas.

En verano iban a los arrebuscos , las legumbres (como los altramuces) que quedaban después de la cosecha de los señoritos, que eran los que tenían la mayoría de las tierras. El otoño, las parras de los patios se llenaban de ricas uvas, época de zamboas, granadas, en las grandes mansiones, tenían limoneros y alguna palmera. Las encinas repletas de bellotas. Algunos tenían un pequeño olivar heredado, cuyas aceitunas cosechaban para aceite y para comer. Con las podas se hacían piconeras, para tener carbón para el invierno.

Pescaban en las charcas de los ríos, peces, ranas, cogían lagartos para comer. En invierno la matanza con el cochino que habían criado durante todo el año, esto les daba provisiones para muchos meses. La carne la comían una vez por semana o quincena y el pescado igual. Si pescaban mucho, los cambiaban por pan u otros alimentos. La vida era una lucha diaria por conseguir alimento

Los hijos mayores cuidaban de los pequeños y ayudaban en todos los quehaceres. Estos hijos iban al colegio, no como sus padres, que tuvieron que dejarlo desde muy pequeños para trabajar. Sus abuelos no pudieron ir nunca al colegio. Jugar era innato en todo lo que hacían, pero no con juguetes. Salvo en los 70, cuando la familia que ya había emigrado, traían juguetes, la primera muñeca , o coche, con 8 años. Los reyes magos traían pizarras, pizarrines, lapiceros de colores y cuadernos. En la época de sus padres, les traían fruta, sobre todo naranjas. En la festividad De los Santos, la calabaza vaciada; con agujeros en ojos y boca, se le ponía una pequeña vela en el centro. Los chiquillos la encendían al anochecer, la paseaban por las calles del pueblo para asustar a los viandantes. En los cumpleaños los regalos eran ropa nueva y se celebraban con rosquillas y brazo de gitano.

Estos ejemplos nos indican qué esfuerzo y constancia eran su potenciales. Cuando llegaron a las ciudades dormitorio siguieron luchando. Sus calles la mayoría sin asfaltar. Pedían: mejores medios de transporte, con más frecuencia, crear nuevos colegios, para que sus hijos no estuvieran afinados. Marchas y movilizaciones para crear un hospital de cercanía, el pueblo con sus esfuerzos consiguió que se creara el ente público, Hospital de Fuenlabrada, ahora desde algunos años, universitario. Por fin tendrían los medios necesarios para dar una sanidad digna a sus hijos y mayores. Orgullosos de que parte de su población trabajara en el Hospital de Fuenlabrada. Se sentían escuchados y comprendidos, la profesionalidad y la humanidad del personal recompensó los esfuerzos realizados por la población. Todo evolucionó, la población creció, por el buen uso de los medios y gran calidad profesional. El crecimiento población y los medios necesarios, deberían ir siempre a la par.

Así las siguientes generaciones no se sentirían desconectadas de su ciudad, ni de sus raíces. Y así seguir diciendo con satisfacción "SOY DE FUENLA".